

AYUNTAMIENTO DE CAMBRILS



COMISION ORGANIZADORA CENTENARIO

NACIMIENTO DEL

CARDENAL VIDAL Y BARRAQUER

1868 - 1968

A manera d'introducció

Parlar sobre el Cardenal Vidal i Barraquer després del que d'ell han dit tants oradors il·lustres es tasca aventurada i, conseqüentment, escriure sobre la gran figura del Cardenal cambrilenc quan, amb tanta profunditat i encert, ho han fet les millors plomes de la nostra terra, encar ho és més.

Malgrat tot, com a president de la Comissió organitzadora dels actes commemoratius del Centenari de la seva naixença, em veig obligat a presentar aquest opuscle de divulgació que recull diferents, variats i molt interessants aspectes de la vida del Dr. Vidal i Barraquer, aspectes que han sortit a rel·luir darrerament en la premsa regional. Mes n'hi ha un que, amb lògica, ha passat inadvertit: és el del seu amor a Cambrils.

Vidal i Barraquer infant, estudiant, advocat, sacerdot, bisbe, arquebisbe i cardenal, guardà sempre pel poble que havia gronxat el seu bressol un afecte entranyable i permanent. Ell estava al corrent dels vaivens religiosos, polítics, econòmics i socials de Cambrils; en tot moment intentà la solució dels seus problemes sigui promocionant la fundació del Sindicat Agrícola de Producció, treballant per la construcció del port de refugi, promouvint i alentant els col·legis religiosos i portant a Cambrils el més florit del clergat diocesà.

Quan convenia l'aportació econòmica la donava, com quan va pagar el primer emmosaicat del Santuari del Camí; quan convenia eixugar una llàgrima ell era el primer, com quan les desgràcies marítimes del 1911; quan s'esqueia un jorn de joia ell era amb nosaltres, com en les festes d'homenatge a Gimbernà el 1916 o en les noces d'argent de la Congregació Mariana el 1932. En fi, ¿perquè continuar? Ell pensava en Cambrils per a descansar a La Llosa, per a resoldre dificultats, per a fer favors, per a gaudir de les velles amistats...

D'ell, com de Judit, podem dir: "Vos sou l'honor del nostre poble", i això s'ha vist quan, després de vint i cinc anys de silenci, el seu nom ha resorgit gloriós, net i esplendent i amb ell, acompanyant-lo en les lluminàries de la seva glòria, el nom sempre estimat de Cambrils, el poble que el va veure néixer. Cambrils va respondre en massa el dia de l'inici de les commemoracions que celebrem; Cambrils ha estudiat la seva vida, ha comprés les seves actituds d'home recte, ha enyorat la presència material de les seves despulles i vibrarà d'emoció davant tants records personals seus reunits en l'exposició monogràfica que s'inaugurarà el dia de la Puríssima.

Moltes coses faran perdurable el record d'aquesta data centenària: aquest mateix opuscle, la làpida commemorativa en la casa pairal, l'orgue nova de Santa Maria i el monument que, materialitzat en la pedra o en el bronze, Cambrils alçarà a la seva memòria, segur de que el poble que honora els seus fills, s'honora a sí mateix.

Mentrestant els cambrilencs ja l'hi havem aixecat en el nostre cor, el monument espiritual del nostre afecte i de la nostra veneració.

I ara, llegiu...

Josep Salceda i Castells

Cambrils, desembre de 1968.

El cardenal Vidal y Barraquer, o el espíritu de independencia

por JOSE TARIN IGLESIAS

En pocas ocasiones -antes de nuestra guerra- había visto al Cardenal Vidal y Barraquer; no obstante, hubo una cuyo recuerdo perdurará mientras viva. Eran los días en que iniciaba los primeros e inciertos pasos por el camino del periodismo activo. El arzobispo de Tarragona, acompañado por el inolvidable obispo Irurita -víctima de la horda iconoclasta- hacía acto de presencia en el palacio de la Generalidad, después de haberse instaurado el régimen republicano. Le recuerdo erguido, pero profundamente humilde, descendiendo por la escalera de honor del palacio, hasta cuyo vestíbulo le acompañaron Maciá y su familia. Era un paso difícil, delicado y de mucha trascendencia; sin embargo, el prelado tarraconense lo acababa de dar con la aquiescencia del nuncio. Luego le vi, en dos o tres ocasiones, una de ellas con motivo de la llegada del cardenal Pacelli, más tarde Pío XII, al puerto barcelonés, de paso hacia Buenos Aires, a donde iba como legado "ad laterem", al Congreso Eucarístico.

Por cierto que de esta jornada inolvidable existe una curiosa y pintoresca anécdota. Sonaban ya los primeros compases del himno pontificio y las tropas presentaban armas, cuando subió precipitadamente las escalerillas del barco un inquieto repórter barcelonés -Alberto Escofet-, quien, ya en cubierta y al encontrarse con la comitiva, se arrodilló y al primer personaje que halló, le besó respetuosamente la mano... Esta pertenecía a don Manuel Ribé, jefe de ceremonial del Ayuntamiento, quien, naturalmente, precedía al futuro Papa.

La figura de Vidal y Barraquer era atrayente, desde muchos puntos de vista. Quizá la faceta principal era su independencia y su fidelidad incommovible a la Santa Sede. Podríamos decir que ante todo fue un gran eclesiástico, el cual, a veces con verdadero sacrificio, mantuvo una línea de conducta de la que nunca quiso apartarse. La historia, en su día, nos aclarará si estuvo o no acer-



Nuestro Prelado cumple al Cardenal Pacelli (mas tarde Pío XII),
a su paso por Barcelona, camino de Buenos Aires.

tado. Mas lo que nadie puede negar es su fidelidad a las normas, que -desde un principio- en relación con nuestro país emanaron de la Santa Sede.

La luminosa y "riallera" población de Cambrils fue la cuna del que años después llegó a príncipe de la Iglesia. Contaba doce años cuando, el niño Francisco Vidal y Barraquer, huérfano de madre, dejó su pueblo natal para trasladarse a la levítica Manresa, para estudiar en el colegio de los PP Jesuitas. Allí conocerá unos años tristes, de honda desolación. Tiene escasamente quince años cuando fallece su padre. El había sentido ya la llamada sacerdotal; sin embargo, en cumplimiento de una promesa hecha a su padre antes de morir, inicia la carrera de Derecho, en la que será condiscípulo de Prat de la Riba, de Moragues Barret, de Bertrán y Musitu, de Pla y Deniel, etc. Al terminar la carrera incluso ejerce en el bufete del doctor Almena que en muchas ocasiones no reparaba en manifestar que era el pasante más inteligente que había tenido.

No obstante, la vocación sacerdotal podría mucho más. Tenía veintiocho años cuando ingresó en el Seminario barcelonés y poco después de celebrada la primera misa -precisamente en el colegio de las religiosas del Sagrado Corazón de Sarriá- el doctor Costa y Fornaguera, a la sazón arzobispo de Tarragona, lo incorporó a su archidiócesis.

Aquí se inicia la carrera eclesiástica de Vidal y Barraquer. En 1907 obtiene una canongía por oposición y dos años más tarde es vicario general, designado nada menos que por el doctor López Peláez -uno de los más grandes prelados que han pasado por la silla episcopal de Tarragona- y del que iba a ser su sucesor.

En su época universitaria tuvo lugar un encuentro de extraordinaria trascendencia en su vida. Conoce al doctor Torras y Bages, a quien eligió como director espiritual, lo que, indudablemente, iba a influir poderosamente en la formación del futuro cardenal. Desde el primer momento, las líneas esenciales de ambas figuras de la Iglesia fueron coincidentes, sosteniendo -hasta la muerte de Torras- una cordial y asidua amistad.

Su paso por la curia tarraconense fue de intensa y fecunda actividad. "Conocía perfectamente -decía por aquellos días el doctor Cardó- todos los aspectos de la vida eclesiástica, todos los problemas de la formación sacerdotal, de la organización religiosa y económica de las parroquias y, con juicio claro y mesurado, concebía planes adecuadísimos para iniciar la reforma de muchas cosas, entumecidas por la rutina".

Hubo un momento en que Vidal y Barraquer sintió la llamada de hacerse misionero y fue preciso que le convencieran de lo contrario sus más íntimos amigos, y cuando López Peláez le insinuó que iba a ser nombrado obispo se opuso rotundamente también a ello, siendo necesaria la intervención, asimismo, de varios amigos.

La vieja y patriarcal Solsona tuvo la suerte, en 1913, de recibir

a monseñor Vidal y Barraquer como su nuevo pastor. Estaba, entonces en la plenitud de su vida. Tenía escasamente cuarenta y cinco años. La diócesis lo recibió con alegría y puede afirmarse que, en sus seis años de prelado de Solsona, trabajó intensamente. Sin embargo, todo el mundo se dio cuenta de que Vidal y Barraquer estaba llamado a más altas dignidades. Torras y Bages, cuando le nombraron obispo, le regaló un anillo con la imagen de San Ramón, diciéndole, con gran previsión del futuro:

—Te regalo este anillo con la imagen de San Ramón, patrono de la diócesis de Solsona, porque tú no te quedarás de obispo aquí y así tendrás un recuerdo de tu primera diócesis...

Muchos solsonenses recuerdan todavía, con emoción, el paso de Vidal y Barraquer por aquella diócesis. Su extraordinario celo y empuje, su gran fecundidad, hizo que removiera casi hasta los cimientos sus anquilosadas instituciones. Una de sus principales preocupaciones fue darles una nueva vida, y una prueba de ello, fue la profunda reorganización que llevó a cabo en el Museo Diocesano, casi inexistente, creando, como señala su biógrafo -mosén Muntanyola- una sección de prehistoria, dirigida por un hombre también extraordinario mosén Serra Vilaró, que fue la pieza del que se sirvió el obispo para sacar del marasmo aquel museo y que hoy es uno de los mejores de Cataluña.

Mas la obra primordial de Vidal y Barraquer en Solsona fue su compenetración con los sacerdotes y seminaristas. Supo vivir sus problemas, estimuló sus estudios y constantemente realizaba visitas pastorales -a los entonces lejanos pueblos de su diócesis- para ponerse en contacto directo con sus sacerdotes, conocer de cerca sus problemas y alentarles en su vida pastoral. Cuando Solsona sufrió una grave epidemia de gripe, el obispo estuvo constantemente junto a los enfermos, mostrándoles toda su ternura de padre.

En realidad, lo que quiso hacer Vidal y Barraquer en su etapa de Solsona fue prestigiar a la Iglesia, darle el tono que merecía y elevar el rango de todas sus instituciones.

En Enero de 1919 murió el doctor Antolín López Peláez, arzobispo de Tarragona, paladín infatigable de la prensa católica, del cual había sido vicario general Vidal y Barraquer. Comenta mosén Muntanyola que, a las pocas semanas, el obispo de Solsona recibía una carta de un alto dignatario del Vaticano. "En la Curia -escribía- se da por descontado que V. E. será arzobispo de Tarragona. En cuanto a exigir un mandato pontificio en virtud de santa obediencia, ¿qué quiere que le diga? No veo la necesidad, teniendo la completa tranquilidad de que no lo ha procurado, sino todo lo contrario".

La noticia no causó ninguna satisfacción al insigne prelado. Vidal y Barraquer se opuso resueltamente. Por esto, pocos meses después podrá decir, a su entrada a la nueva diócesis:

—“Déu i només que Déu — per mijtà del seu Vicari — m’ha fet venir a Tarragona...”

La designación de Vidal y Barraquer para la archidiócesis de Tarragona fue excelentemente acogida, toda vez que conocía perfectamente sus necesidades. El día de su entrada constituyó un verdadero acontecimiento y la prensa -sin excepción- lo saludó alborozadamente.

En realidad, en aquel momento se iniciaba una nueva y fructífera etapa para la Iglesia de Cataluña. Vidal y Barraquer -igual que hizo en Solsona- intentó renovarlo todo. Renovación que abarcaba no sólo la organización, sino el espíritu de la archidiócesis. Dedicó sus mejores esfuerzos en la formación sacerdotal.

Todavía no se habían cumplido los dos años de su elevación a la archidiócesis tarraconense cuando se produjo un nuevo acontecimiento, que hizo estremecer de gozo a toda la región: Benedicto XV creaba cardenal de la santa Iglesia a Vidal y Barraquer... Contaba cincuenta años e instauraba en los tiempos modernos la dinastía cardenalicia en la sede de San Fructuoso, puesto que, desde el siglo XVI, no había tenido Tarragona ningún cardenal. En una audiencia que el Romano Pontífice concedió a una peregrinación tarraconense, explicó claramente que, conociendo los méritos personales de Vidal y Barraquer, lo había distinguido con la púrpura cardenalicia.

Es, en este momento, cuando comienza la etapa fundamental de la vida de esta gran figura, consagrada totalmente al servicio único y exclusivo de la Iglesia. Su adhesión a la Santa Sede como ya hemos consignado anteriormente, será inconmovible en todos los aspectos. Esta faceta hará, como muy bien señala mosén Muntanyola, que un día sea acusado públicamente de "vaticanista", si bien lo que él hace es defender la obra apostólica de sus sacerdotes y, por encima de todo, la independencia de la Iglesia.

La obra de Vidal y Barraquer, serena y responsable, como cardenal arzobispo de Tarragona, es ingente y objetiva. Creó un buen plantel de sacerdotes que mandó a estudiar a Roma. En todo momento, surgía en él, el eclesiástico, que lo colocaba tan lejos de la hostilidad como del sectarismo a los poderes públicos. Se cuenta que, en cierta ocasión, una organización confesional, muy querida por él y extraordinariamente desarrollada en nuestra tierra, atravesó ciertas dificultades con la jerarquía, y Vidal y Barraquer, aun muy a pesar suyo recomendó a sus amigos que debían cumplir lo dispuesto por el prelado, que, en esta ocasión, era el de Barcelona. Esta libertad de espíritu, que constantemente le caracterizó, le atrajo muchas simpatías, pero también le reportó infinidad de disgustos.

Aprovechando su buena relación con el general Berenguer, durante el gobierno de éste, consiguió la creación del Patronato de Poblet y el restablecimiento del culto en aquel monasterio, en donde años después, estuvo en trance de perder la vida.

Su labor -durante aquellos años veinte, tan agitados- fue



Fotografía de la toma de posesión.

extraordinaria. Hombre abierto y cordial, a veces, cuando un párroco acudía a visitarle, recién designado, solía decirle:

—Piensa que eres párroco tanto de los que asisten a misa, como de los que no asisten...

Durante su pontificado, en muchas ocasiones venía a Barcelona, donde tenía grandes amigos, aparte de sus familiares, que seguían residiendo en la Ciudad Condal. Su punto de tertulia era la mansión de don Cayetano Marsá, de la calle Cercado de San Francisco, en Sarriá, junto a la casa donde vivía su hermano. En cierta ocasión, hallándose enfermo el cardenal y debiendo bendecir el matrimonio de una de las hijas de don Cayetano, al objeto de evitar que Vidal y Barraquer saliera a la calle se abrió una puerta entre ambos inmuebles.

En los años del régimen republicano -del mismo modo que durante la dictadura- Vidal y Barraquer defendió la independencia de la Iglesia, y en los momentos delicados de la expulsión del cardenal Segura mantuvo una posición equilibrada, así como, en los momentos cruciales de la quema de conventos de 1931, protestó enérgicamente ante los poderes constituidos, evitando, con sus gestiones, que los hechos se repitieran en Barcelona. Una de las máximas preocupaciones de Vidal y Barraquer era conseguir un acuerdo con la Santa Sede, y para ello emplea todas sus fuerzas e influencias durante el periodo del régimen republicano. Como presidente de los metropolitanos españoles desplegó una inusitada actividad, publicando diversos documentos que reflejan, bien claramente, su pensamiento y orientación. No podemos pasar por alto la famosa pastoral colectiva, de diciembre de 1931, encabezada por el cardenal de Tarragona, en la que, después de elevar una fundamental protesta por las nuevas leyes -eminentemente laicas-, señala a los católicos la obligación de respetar la forma de gobierno existente y de rechazar toda clase de violencias.

Vidal y Barraquer era enérgico y flexible a la vez. No transigía jamás con el error. Por esto, en los momentos -ya trágicos- del triunfo del Frente Popular, el cardenal protestó vivamente ante el Gobierno, por el incendio de iglesias y conventos. Y, cuando en 1935, Alcalá Zamora le ofreció la Gran Cruz de Isabel la Católica, Vidal y Barraquer, sin dudar, la rechazó, alegando: "Tengo respecto a las condecoraciones una opinión que, como mía poco vale, pero que me tracé como norma a seguir desde mi consagración episcopal: no aceptarlas. Me parece que la mejor condecoración para adornar el pecho de un prelado es la cruz pectoral, que tantas cosas indica al alma de un sucesor de los apóstoles".

Al estallar la revolución, el cardenal Vidal y Barraquer se encontraba en Barcelona, y ante el cariz de los acontecimientos se trasladó a Tarragona. En aquellos momentos dramáticos y trascendentales, prefirió estar al lado de sus diocesanos y, durante tres o cuatro días, residió todavía en su palacio. Ante la inminencia del

peligro, accede a trasladarse con su obispo auxiliar a Poblet, donde a los pocos días fue detenido por unas patrullas anarquistas, no sin antes ordenar -al doctor Borrás- que cuidara del gobierno de la archidiócesis puesto que él tenía el firme convencimiento de que lo iban a matar. Tanto es así, que se habían dado mutuamente la absolución. Dirigiéndose, luego, a sus presuntos asesinos Vidal y Barraquer, les dijo:

—“Ah! si sabien el què és un sacerdot! El què és realment un bisbe! ¡A ell no li escau de defensar-se amb armes! La missió del bisbe i del sacerdot és la de sacrificar-se i oferir-se com a víctima, a imitació de Jesucrist.”

Afortunadamente, pudo ser rescatado de la patrulla y embarcado, poco después, en un buque italiano, que lo condujo a Spezia y de allí a la Cartuja de Fornette, donde residió durante casi toda la guerra, manteniendo -como afirma su biógrafo- una actitud de silencio y de plegaria.

“Un bisbe -escribía el 30 de abril de 1938- encara que es vegi perseguit i empresonat, continúa essent de tots i es deu a tots, i per això estima i perdona.”

Desde Fornette, estableció conexión con todos los que podían ayudar a sus sacerdotes y, en muchas ocasiones, enviaba fuertes sumas de dinero y alimentos a sus diocesanos que se encontraban perseguidos o encarcelados. Creo que ha sido mosén Melendres quien afirmaba que, incluso los cigarrillos “Papastros” que le enviaba el Vaticano, los racionaba, para conseguir, con ellos, más fondos para destinarlos a sus sacerdotes.

En algunas ocasiones, efectuaba viajes hasta Friburgo -donde, años más tarde, debía morir-, y solía verse con don Angel Herrera y don Francisco Cambó, dos grandes amigos que también se hallaban allí refugiados. Durante aquellos días, la actividad de Vidal y Barraquer fue extraordinaria, pues intentaba rescatar, de la zona roja, a todos cuantos podía. Una de sus gestiones fue conseguir la libertad del obispo de Teruel, monseñor Polanco, más tarde asesinado. Un día, incluso llegó a ir a la frontera, toda vez que le habían prometido que lo libertarían. Desgraciadamente las gestiones fracasaron.

Cuando el doctor Negrín nombró para formar parte de su gobierno a don Manuel Irujo, el cardenal Vidal y Barraquer estableció contacto con él, para conseguir, como antes hemos indicado, el rescate de algunos sacerdotes, y principalmente, del obispo de Teruel, por el que hizo todo lo humanamente posible. Las gestiones continuaron durante algún tiempo y en un momento determinado -en febrero de 1938- Irujo invitaba a Vidal y Barraquer a visitar su diócesis, ofreciéndole toda clase de garantías, así como seguridades personales. La contestación del príncipe de la Iglesia no se hizo esperar y en una carta confidencial, fechada en Farnette, el 30 de abril de 1938, dice textualmente: “Agradezco las muestras de aten-

ción personal que ello significa, pero cómo puedo yo dignamente aceptar tal invitación, cuando en las cárceles continúan sacerdotes y religiosos muy celosos, y también seglares, detenidos y condenados, según me informan, por haber practicado actos de su ministerio de caridad y beneficencia sin haberse entrometido en lo más mínimo en partidismos políticos, de conformidad a las normas que se les habían dado? ¿Con qué prestigio podría presentarme ante sacerdotes y seglares que sufren de nuevo en estos últimos tiempos registros y persecuciones **pro nomine Christi**?

“Los fieles todos, y en particular los sacerdotes y religiosos, saben perfectamente los asesinatos de que fueron víctima muchos de sus hermanos, los incendios y profanaciones de templos y cosas sagradas la incautación por el Estado de todos los bienes eclesiásticos, y no les consta que hasta el presente la Iglesia haya recibido de parte del Gobierno reparación alguna ni siquiera una excusa o protesta. Ya comprenderá usted que todo ello dificulta, mientras no se modifiquen las presentes circunstancias, mi regreso decoroso a mi querida archidiócesis, a pesar del deseo vehemente, nunca aminorado de reintegrarme a ella para alentar a mi clero y fieles, y acompañarles en sus angustias y sufrimientos.

“Hay más: y se lo comunico a usted reservadamente, por conocer sus sentimientos. Convencido de que el único camino para atraer a las clases populares, desgraciadamente por prejuicios infundados, tan apartadas de nosotros, es la práctica de caridad, intenté hacer llegar a ese Gobierno, por mediación del excelentísimo señor cardenal Verdier, mi sincero ofrecimiento de constituirme como preso o como rehén junto con mi secretario particular, ya en un buque francés, ya en la misma cárcel Modelo con tal fuesen inmediatamente liberados los sacerdotes presos y se diesen las garantías convenientes de que su libertad sería respetada en lo sucesivo. Mantengo mi ofrecimiento ampliando el beneficiarse del mismo a todos los fieles, prescindiendo de ideologías, que no sean autores o cómplices de delitos comunes.

“Mi único anhelo es hacer el mayor bien posible y trabajar por la paz y armonía de todos, y para que termine pronto esta convulsión que está desolando nuestro país, situándome al margen y muy por encima de partidismos políticos, ya que un obispo, aun perseguido y encarcelado, sigue siendo de todos y se debe a todos, y por ello ama y perdona.”

Desde aquel momento, más o menos, las negociaciones quedaron truncadas. Era hombre de diálogo -lo sostuvo incluso con los elementos que lo detuvieron y le llevaban a la muerte-, pero, ante todo, era un hombre digno, que sirvió con lealtad los intereses de la Iglesia y luchó por su libertad e independencia. En el fondo, Vidal y Barraquer es un prelado español muy poco conocido y que fue obispo, y nada más que obispo.

Más que un escritor, pensador u orador, el cardenal de Tarra-

gona fue un hombre de acción y de gobierno. Sus actividades y su pensamiento aparecen, principalmente, en escritos de gobierno, que, en definitiva, son los que mayor trascendencia revisten. No escribió libros, ni se dedicó a la predicación; no obstante, en su haber tiene importantes documentos pastorales y discursos que, anticipándose a su tiempo, son de construcción sencilla, directa, pastoral, de gran profundidad de pensamiento y muy escaso adorno literario.

Es la figura típica del hombre que se traza un camino y que no se aparta del mismo. Ante él sólo regía el servicio a la Iglesia. En su defensa -durante la persecución del periodo de la República- insistentemente había urgido a los católicos y les recordaba la obligación moral -junto con otros obispos- de votar por los candidatos que garantizaban la defensa de la religión. Se da el caso de que, al quedar vacante en 1919 la sede metropolitana de Tarragona, los catalanistas se opusieron a su nombramiento, por considerar que no podrían influir fácilmente en él.

Existe una anécdota que pone de manifiesto el espíritu de independencia de Vidal y Barraquer. El nuncio, monseñor Ragonessi, antes de que fuera preconizado obispo el doctor Vidal y Barraquer, y creados cardenales ambos, en el mismo consistorio de 1921, cuenta que dijo a Vidal y Barraquer:

—Puede estar contento, señor cardenal, porque todo lo debe a la Iglesia y nada a los políticos.

Cuando más ilusionado estaba de retornar a su diócesis, Vidal y Barraquer falleció repentinamente en Friburgo el 13 de septiembre de 1943. Hasta el último momento había sido fiel al lema de su pontificado: **“Estimem-nos els uns als altres”**.

El Cardenal i la cultura

per PERE BATLLE HUGUET, pvre.

Bé que el Cardenal Francesc d'A. Vidal i Barraquer, de santa memòria, fou un home i sacerdot de sòlida cultura per raó de l'acurada preparació universitària en la carrera de Lleis i anteriors estudis humanístics, que completà després amb els estudis eclesiàstics, hom no pot dir que fos un intel·lectual investigador i científic. El seu mèrit i la seva característica més destacada és d'haver estat un perfecte home de govern, obert a totes les activitats culturals, a més de les pastorals i administratives, fomentant amb el major interès els estudis, les afeccions científiques i la formació cultural dels seus sacerdots; cercant i trobant sempre els homes més indicats i més ben preparats, animant-los i estimulants-los amb els mitjans de formació més convenients i impulsant llurs treballs i recerques.

Caldria un estudi a fons, detallat i documentat, per a demostrar a bastament aquestes afirmacions; però ens hem d'acontentar amb presentar un recull de records més o menys ben ordenats: alguns fruit d'experiències personals; els més, oferts pels seus íntims col·laboradors; suficients, tanmateix, per a donar una visió, si no total, almenys impressionant, d'aquesta faceta de la grandesa del cardenal Vidal i Barraquer.

Després d'alguns anys d'inestimables serveis a la Cúria tarraconina, creat bisbe de Solsona, es preocupà tot seguit de donar nou impuls al Seminari d'aquella diòcesi; establí la càtedra de Sociologia i, com a aplicació pràctica d'aquesta matèria, la "Caixa del Seminari", dirigida i administrada pels mateixos estudiants. Volgué i aconseguí que molts sacerdots obtinguessin el títol de mestre per a ensenyar els infants de les escoles de pobles i colònies obreres, mentre col·laboraven a les tasques pastorals de les parròquies. Afavorí l'estudi de la Litúrgia creant el càrrec capitular de Prefecte de Cerimònies i ajudant decididament el Dr. Vendrell, autor d'obres d'investigació i de pràctica litúrgiques.

Promogué la fundació de sindicats agrícoles. I, sobretot, donà un impuls extraordinari a les excavacions arqueològiques i a la formació i l'enriquiment del Museu diocesà, tan interessant per les seves col·leccions prehistòriques, fruit de les recerques i els estudis de mossèn Joan Serra i Vilaró per les comarques de Solsona, amb diverses subvencions aconseguides dels alts organismes de l'Estat per a aquestes finalitats.

Un semblant interès i un semblant afany mostrà per l'ordenació i la revaloració dels arxius diocesà i capitular, i promogué la publicació de llur important documentació; féu començar també l'edició de la **Història de Solsona**, manuscrit del segle XVIII.

Ja arquebisbe de Tarragona, mostrà el més viu i eficient interès per promoure i elevar la formació cultural del clergat. Portà al Seminari i al Capítol sacerdots formats en universitats de renom, com el vigatà Dr. Miquel Vilatimó, procedent de Lovaina; i envià estudiants prometedors a centres d'alts estudis d'Espanya i de l'estranger: a Roma, per a estudis de filosofia i teologia, a la Universitat Gregoriana; o d'arqueologia, a l'Institut Pontifici d'Arqueologia Cristiana; o d'arxius, a l'Escola de Diplomàtica de l'Arxiu Vaticà; a París, per a estudis de Sociologia; a Friburg, de Suïssa, a Brussel·les, a Madrid, etc. Tot això amb vista als projectes que portava de cap, ja des de l'any 1917, quan era bisbe de Solsona, de la fundació d'un Seminari Regional o Universitat Catòlica, i que volgué portar a terme quan fou arquebisbe, tractant-ne en una conferència de bisbes sufraganis.

També portà a Tarragona mossèn Serra i Vilaró, que fou encarregat de les excavacions sistemàtiques de la recentment descoberta necròpolis paleocristiana. Donà nou impuls i aportà noves adquisicions d'objectes i monuments d'art antic, que encara restaven a les parròquies, al Museu diocesà, del qual confirmà com a Conservador mossèn Jaume Bofarull, i féu que el Capítol designés un Inspector del Museu i de la vigilància del tresor artístic de l'Arxidiòcesi. Fomentà, més tard, l'ampliació i el millorament de les instal·lacions del Museu i la restauració d'alguns retaules; impulsà, a més, noves recerques i troballes, a les quals més d'una vegada volgué ésser present donant ànims als investigadors amb l'exemple i l'afecte del seu interès personal per aquestes coses.

Una altra obra memorable, per a la qual trobà també l'home preparat i ple de dedicació i laboriositat, mossèn Sanç Capdevila, fou l'ordenació de l'Arxiu episcopal i la creació de l'Arxiu històric arxidiocesà, que aplegà tots els arxius històrics de les parròquies de la diòcesi en una instal·lació modèlica que merescué els elogis de Pius XI, el Papa arxiver, el qual, informat per l'investigador alemany Dr. Kehr escriví al Cardenal una lletra cordial congratulant-se per l'organització de l'Arxiu, que creu perfecta, i comunicant-li que està estudiant la manera d'obligar totes les diòcesis a una obra semblant, pel prestigi de la cultura eclesiàstica. Aquesta concentració dels arxius parroquials ha portat un resultat que, no per imprevist, és menys important: la salvació de la quasi totalitat d'aquest tresor cultural que, altrament, hauria desaparegut amb la destrucció dels arxius de les parròquies gairebé tots cremats el 1936.

La catedral de Tarragona i les seves dependències monumentals visqueren una època d'esplendor; amb la decidida col·laboració del Degà del Capítol, i després bisbe auxiliar, Dr. Manuel Borràs, portà a terme una acurada ordenació dels seus tresors, restauracions

importantíssimes i la pavimentació de les galeries del claustre. Féu fer la custòdia monumental obra projectada per l'arquitecte Bernardí Martorell. Portà a la Catedral l'orgue de Mar i Cel, de Sitges, donació de Mr. Deering, amb què fou millorat i restaurat el magnífic orgue antic.

En complir-se el sisè centenari de la consagració de la Catedral, l'any 1931 el Cardenal publicà una bella i documentada carta pastoral sobre el temple Primat de Tarragona, de caràcter predominantment històric, esplèndidament editada i il·lustrada pel Capítol catedralici.

Promogué, amb la col·laboració d'il·lustres sacerdots de Tarragona, la fundació del "Paedagogium", centre de cultura religiosa popular, de to ben elevat, que funcionà amb èxit els dos o tres anys anteriors al 1936.

Ajudà amb eficàcia el moviment litúrgic que, en aquells temps i a les nostres terres, es posà a gran altura i superà els resultats de moviments posteriors i actuals. Igualment fomentà les empreses catequístiques amb l'organització d'un Secretariat diocesà que, entre altres coses de relleu, preparà i celebrà una Setmana Catequística a Reus de fruits inoblidables.

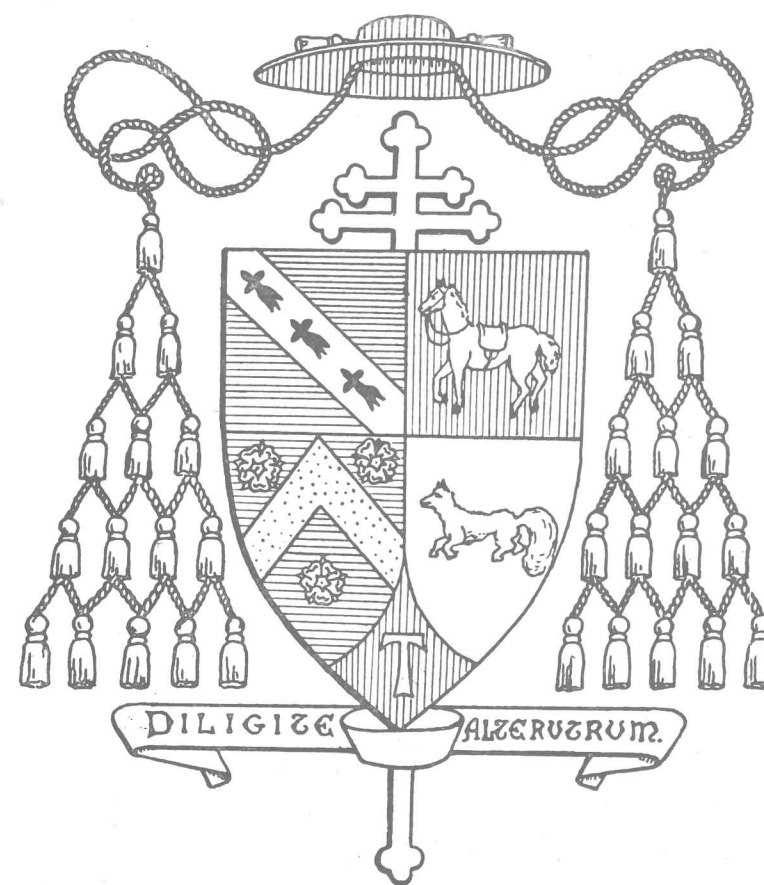
Intervingué directament i personalment en la creació del primer Patronat del Monestir de Poblet, en temps del general Berenguer; del qual, però, no volgué ésser el President, sinó que proposà la llista de personalitats que l'havien de formar. Més tard, des d'Itàlia, col·laborà d'una manera principal en les negociacions per a la restauració monàstica de Poblet tractant-ne amb el General de l'Orde, Dom Bernat Bernardini.

I no oblidà gens la seva vila nadiua, Cambrils, on, amb la seva família, féu donació de la finca anomenada "can Vidal" per al col·legi de la Congregació de La Salle.

Les seves relacions i les seves amistats amb savis i investigadors donen idea de la consideració que mereixia en aquest aspecte de la seva silueta personal. Tractà amb assiduïtat els senyors Pau Font de Rubinat i Eduard Toda, amb els quals s'asseia sovint a taula per parlar de temes culturals i comentar projectes. Llaços d'amistat el lligaren amb personalitats com els pares Sunyol i Albareda, de Montserrat; amb el cèlebre caputxí P. Miquel d'Esplugues; amb els doctors Llobera, Carreras, Cardó i Griera; amb el P. Casanovas; amb Mn. Higiní Anglès: impulsà i afavorí llurs empreses culturals i científiques.

Estimulà les activitats de la Balmesiana i del Foment de Pietat, i hi col·laborà: obra missional; obra dels Sants Evangelis i versions bíbliques populars. Prologà llibres; prestà suport amb tot l'interès a la publicació de la documentada i prestigiosa revista "Analecta Sacra Tarraconensia".

Afavorí, fins i tot econòmicament, la fundació de "Prensa Asociada" agència catòlica de notícies; Editorial Catòlica; Editorial Spes;



diaris, com "La Cruz" de Tarragona, "El Correo Catalán" i "El Matí". Prestà el seu ajut, per llur interès cultural, a les obres dels "Pomells de Joventut" i dels "Minyons de Muntanya".

Alguns detalls anecdòtics són ben significatius de la seva generositat, que arribava al sacrifici econòmic. Recordem només que en rebre l'homenatge del clergat de l'Arxidiòcesi de Tarragona quan celebrà les noces d'argent sacerdotals, homenatge que consistí en una important quantitat de diners, distribuí aquets diners entre fundació de beques, donatiu a l'obra de Missions i un altre important donatiu a l'Hospital de Sant Pau i Santa Tecla, del qual, com a arquebisbe, era el Patró, donatiu que fou esmerçat en l'adquisició de ràdium i de moderns aparells de Radiologia i Radioteràpia, amb què contribuí al millorament d'aquell centre benèfic. Més tard, quan la República retallà extraordinàriament el pressupost del culte i la clerecia, es vengué l'automòbil particular que tenia, i amb els diners que en tragué, pagà les pensions d'estudiants a Roma.

Les seves intervencions al Senat en temps de la monarquia reflectiren molt sovint i d'una manera brillant les seves preocupacions i el seu interès per la cultura, quan hi parlava de temes com la restauració d'esglésies l'autonomia de la Universitat les excavacions i troballes de Mn. Serra i Vilaró, o feia l'elogi d'altres sacerdots investigadors, per a les obres dels quals demanava protecció.

Ja ben aviat, abans de l'any 1920, foren reconeguts els seus mereixements en aquest camp amb el nomenament d'acadèmic corresponent de l'Acadèmia de la Història. Ell volgué declinar aquest honor, però el director de l'Acadèmia, aleshores el marquès de Laurencín, contestava a la seva renúncia i li deia que el reconeixement dels seus mèrits i els seus dots havien pesat més que no les raons que la seva modèstia li havia fet adduir per a demanar la suspensió del nomenament d'acadèmic.

Testimoni final de la seva fama d'home culte ho foren les amistats íntimes que tingué, en temps del seu exili a Suïssa, amb el cardenal Journet, catedràtic de la Universitat de Friburg i director de la revista "Nova et Vetera", i amb Jacques Maritain.

Ple d'esperit sacerdotal, sabé agermanar les activitats pastorals amb l'afecció i la preocupació per les coses de la cultura. Fou un sacerdot i Príncep de l'Església exemplar i culte, i treballà decididament i amb totes les seves forces perquè els seus clergues fossin també exemplars i cultes sacerdots.

Ficha: Serra d'Or, octubre 1968

Un record personal

per MAURICI SERRAHIMA

El dia vint-i-cinc de juliol de 1936, al matí, quan jo tot just havia esmorzat, el meu pare -que vivia en els pisos baixos de la mateixa casa- em va fer avisar. Vaig trobar amb ell el senyor Josep Vidal i Barraquer, que anava amb el seu fill Francesc. El meu pare em va dir: "Mira, ja veus què contem: el Cardenal els ha telefonat des de la Conselleria de Governació". En la telefonada, el Cardenal havia dit que estava bé i havia demanat que el seu germà i el meu pare l'anessin a veure.

Els dos germans Vidal i Barraquer eren, feia molts anys, molt amics del meu pare i l'utilitzaven com a advocat. Com que, a més, el germà del Cardenal amb els seus fills vivien a Sarrià, com nosaltres, jo havia tingut un considerable contacte amb tots ells, sense excloure el Cardenal, que, obert i ple de naturalitat, no s'estava, quan convenia, de telefonar i de venir a casa.

Tot i que aquells dies havien passat tantes coses -crec que no cal descriure-les-, el to de la telefonada havia estat, semblava, molt normal, i el germà del Cardenal i el meu pare en van treure la conseqüència que el Cardenal devia haver vingut lliurement a Barcelona per anar a la Generalitat; com d'altres vegades, vull dir. Tot allò que passava podia explicar prou que el Cardenal anés a visitar l'autoritat, i el fet ens va complaure. No enteníem per quina raó volia que l'anesin a trobar allí, i el fet que hagués indicat el nom d'un funcionari a qui calia adreçar-se per trobar-lo feia entendre que, de tota manera, calien unes certes precaucions. Però, aquells dies, tot era anormal.

Les comunicacions urbanes eran interrompudes, i de casa a Governació, -avui, Govern civil- hi ha prop de set quilòmetres. El meu pare, que ja era gran -si fa no fa com jo ara-, tenia un dolor al peu, que després li va desaparèixer, però que aquells dies gairebé no el deixava caminar. El senyor Josep Vidal i Barraquer també era gran i, a més, tenia una considerable semblança fisionòmica amb el Cardenal. Jo havia circulat força per Barcelona, aquells dies, per diverses raons, i em malfiava; per això li vaig aconsellar que no hi anés. De fet, hi vaig anar jo amb en Francesc, nebot del Cardenal, que aleshores tot just devia tenir vint anys. Anàvem en cos de camisa i amb espadenyes. Com que el tren de Sarrià no funcionava, vam anar a peu fins a Fontana, on vam poder pujar al metro, fins a Correus. La ciutat era com paralitzada. El metro havia pres, no sé

per què, un aspecte sòrdid: potser perquè -ignoro el motiu- era menys il·luminat que de costum.

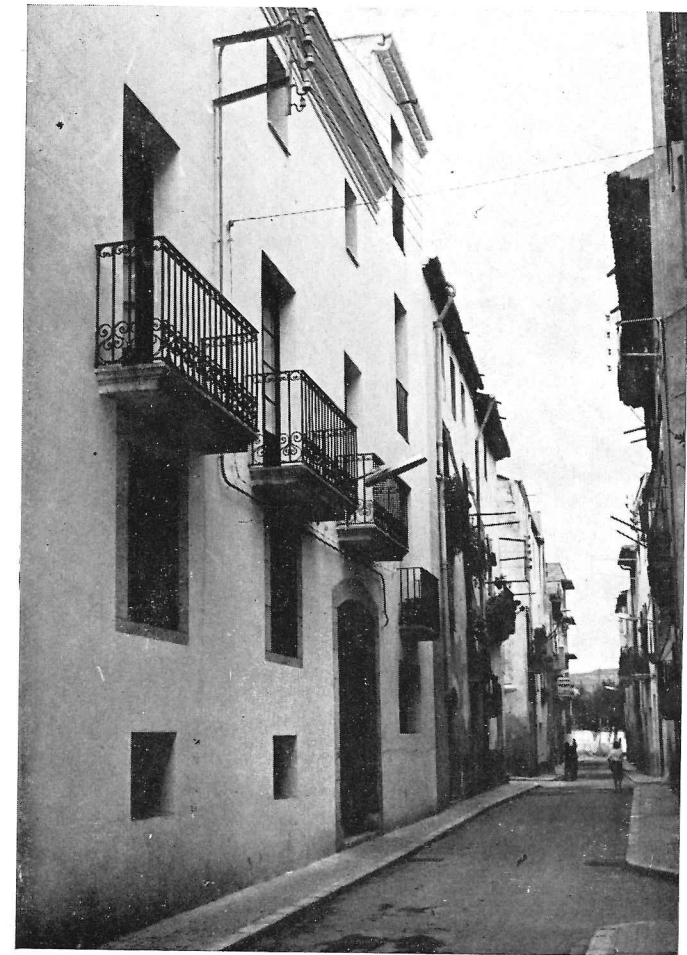
Així que vam entrar a Governació vam veure clar que havíem pecat d'optimistes. El funcionari al qual ens vam adreçar -el nom del qual no tinc present- posava cara d'esverat. Ens va portar, per una escala interior, fins a una mena de golf, a la porta de la qual hi havia un guàrdia civil d'uniforme, però sense el tricorni, que en acomiadar-se d'ell li va dir: **"Esté tranquilo, que, pase lo que pase, aquí no entrará nadie que no venga acompañado por usted"**...

A dins vam trobar el Cardenal. També hi havia el seu secretari, el doctor Joan Viladrich, arraulit en un racó, amb els ulls esverats com els d'un ocellet mullat. El Cardenal em va semblar encara més prim que no era; les faccions irregulars, una mica dures i tallades en arestes vives, semblava que no li havien de cabre a la cara xuclada. L'expressió era greu, però indicava un domini absolut d'ell mateix. Anaven tots dos amb vestits seglars, i el Cardenal portava una americana i uns pantalons molt usats i que li venien molt grans, d'un color entre gris i ala de mosca, i una camisa de tireta que, sense el coll postís, lifeia una mena d'escot rodó pel qual haurien pogut passar ben bé dos colls com el d'ell.

Vaig excusar que hi haguéssim anat nosaltres en lloc dels pares respectius, però el Cardenal em va interrompre i ens va dir que, si se li hagués acudit, ell mateix ho hauria proposat. També ens va dir que, per telèfon, no havia volgut parlar clar. I aleshores, com aquell qui inicia el tema, va dir: "Ara, escolteu bé el que us contaré. Aquí estic relativament segur, perquè la Generalitat me'n respon i perquè, fora d'uns pocs funcionaris de confiança i dos o tres guàrdies civils, ningú no sap que hi sigui. Però tot això que passa no és acabat. I, segons com acabés, de tot el que ara us diré n'hauríeu d'ésser testimonis, perquè només ho sabríeu vosaltres dos". No cal que digui la impressió profundíssima que em van fer aquelles paraules.

La narració del Cardenal va ésser bastant llarga: prop d'una hora. De tant en tant, el doctor Viladrich, neguitós, hi afegia alguna cosa, un elogi del Cardenal, però el Cardenal li mostrava, com a nosaltres, que no volia ésser interromput. Recordo globalment tot el que va dir i, en alguns moments, moltes frases literals. Aleshores vaig pensar escriure-ho, però -a part que en aquelles hores era arriscat- el fet que el Cardenal arribés pocs dies després a Itàlia em va fer creure que no calia. De fet, el que ell mateix va escriure quan hi va ésser m'ha fet reviure, ara, alguns detalls que mig se m'havien esborrat.

Ens va dir que, sabut l'esclat de la revolta, i a despit de les notícies tan greus que el dilluns van arribar de Barcelona, va entendre que el seu lloc continuava essent al Palau Arxiepiscopal. El dimarts dia 21, es van accentuar a Tarragona els desordres al carrer, i el delegat de la Generalitat li va recomanar que se n'anés, però ell s'hi va resistir i es va adreçar a les autoritats de Barcelona. Quan,



Casa nadiua del Cardenal, a Cambrils

a les set del vespre, va començar la crema dels convents, va restablir el contacte amb el delegat d'Ordre Públic local, per veure -sense èxit- d'evitar-la. Després van ésser les autoritats, fins i tot de Barcelona estant, les que li van demanar que se n'anés, perquè corria un greu perill, del qual després només el podrien salvar amb les baionetes. Aquest darrer argument el va convèncer i va admetre d'ésser acompanyat, sota la custòdia de la policia, al monestir de Poblet, on Eduard Toda residia com a cap de la comissió de la restauració. Hi van arribar a les tres de la matinada del dia 22; anaven amb ell el bisbe auxiliar Dr. Borràs, el Dr. Viladrich i dos altres clergues. El vestit talar que encara portaven havia produït incidents, pel camí, però no va passar res.

Així i tot, molt aviat les notícies que aribaven i les de la ràdio li van fer témer que sense voler, l'havien ficat en una "ratera". Efectivament, allí no eren custodiats. I el dia 23, a les sis de la tarda, van aparèixer uns cotxes plens de gent armada que l'anaven a detenir. El perill era imminent. Ell no va fer cap resistència. El doctor Viladrich, tot i que el Cardenal li va pregar que es quedés, no el va voler deixar marxar tot sol. Va ésser el Cardenal el qui va convèncer el doctor Borràs que no anés amb ells; els homes armats no el reclamaven, i valia més que es quedés per governar, si ell moria, la diòcesi. Sempre amb sotana van pujar al cotxe. Li van dir que els portarien a l'Hospitalet, el de Llobregat. Dins el cotxe mateix encara els apuntaven amb les armes. Aviat, però, va néixer una conversa, que va anar durant. Aquells homes li van dir que eren de la F.A.I. i que ara manaven ells. El Cardenal, planer com sempre, els deia que l'Església no porta cap intenció d'opressió ni de violència. El to esdevenia més cordial. Un d'aquells nois va deixar anar una blasfèmia, i el Cardenal, paternalment, li va pregar que no hi tornés, perquè a ell li dolia molt; el noi li va prometre que, per respecte a ell, no hi tornaria. Més tard van sentir com un d'aquells homes -el Cardenal fins en va saber els noms- deia a un altre: "...Sí, però a un home d'edat, i com ell, i a sang freda..." Es molt probable que la senzillesa i la rectitud humana i cristiana en la conversa li van salvar la vida.

El cotxe anava aleshores sense acompanyament, i quan van passar per Vimbodí van haver d'esperar que se'ls n'afegís un altre, també amb gent armada. Mentrestant algú va conèixer el Cardenal i va avisar les autoritats. Després els calgué aturar-se a Montblanc, on el fet es reproduí. Més enllà, el segon cotxe va tenir una avaria, i es van haver d'aturar. El temps passava. De sobte, van arribar dos cotxes més grans, amb gent armada i elements uniformats, i van exigir als dels dos cotxes aturats que llencessin les armes i alcessin les mans. Per un moment, hi va haver el perill d'una topada, a trets. Els nou arribats van insistir que també eren revolucionaris, que tots eren germans, i van aconseguir d'evitar-la. Eren elements de la policia i del Comitè de Montblanc, que volien evitar com fos el fet consumat. Es van fer càrrec del Cardenal i del doctor



El Cardenal fent el rés del breviari.

Viladrich i els van portar en un calabós de la presó de la vila. Era mitjanit. Van saber que s'havia iniciat una discussió, que va ésser molt llarga, en el Comitè, en la qual va intervenir, arribat expressament, el doctor Solé i Pla, diputat, la intervenció del qual, reforçada per telefonades directes d'en Gassol -que l'havia enviat- i d'en Companys, va resultar decisiva. Mentrestant, es van passar tot el dia al calabós. Encara hi eren quan el doctor Borràs, bisbe auxiliar, va ésser tancat al calabós del costat. Per causa d'un equívoc, els alliberadors no l'havien tingut present. Quan el Cardenal va poder parlar, ja no va ésser a temps a salvar-lo.

A les tres de la matinada del dia 25 s'obria la porta del calabós i es trobaren en mans del doctor Solé i Pla i dels mossos de l'esquadra enviats per la Generalitat. Va ésser aleshores que els va ésser improvisada, com va ésser possible, la indumentaria seglar que duïen quan jo els vaig veure.

El viatge fins a Barcelona va ésser força agitat; els aturaven a tot arreu. A les set del matí havien arribat al palau de la Generalitat; els van oferir de portar-los, en llibertat, on volguessin, però els van aconsellar que no correguessin aquest risc. El Cardenal va parlar amb diversos consellers, i va acceptar que, per raons de prudència, els portessin a Governació. I era d'allí estant que havia telefonat al seu germà perquè l'anéssim a veure.

El vam escoltar amb una atenció absoluta. Jo temia que no ho recordaria tot, i gairebé sense adonar-me'n mirava de recapitular el que havia dit, de lligar uns fets amb els altres. El Cardenal, després d'unes al·lusions brevíssimes a la confusió d'aquells moments, ens va preguntar com estaven les respectives famílies. I tot seguit va dir que no podíem perdre temps i que ens havia de fer dos encàrrecs. El primer, que li gestionéssim la sortida en un vaixell de guerra estranger. Li dolia, però a la Generalitat li havien fet entendre que no quedava cap més remei: "On trobareu més facilitats -va dir- és al consolat d'Itàlia, però m'estimaria més que anéssiu al d'Anglaterra o al de França; no m'agradaria que diguessin que recorro als feixistes". L'altre encàrrec era que li portéssim roba -un vestit, una camisa, una corbata- i els estris elementals de tocador, per a poder-se presentar amb decència: "Podeu comprendre que, per mi, tant me fa, però jo tinc un càrrec: al capdavant -va somriure amb un punt d'ironia- sóc un príncep de l'Església... No voldria pujar al vaixell vestit així, perquè cridaria l'atenció i algú ho podria fer servir per a fer fotografies o comentaris demagògics..."

No puc respondre que les paraules fossin exactament aquestes, però responc que les que va dir deien això mateix.

L'entrevista havia durat una mica més d'una hora. Ens va beneir i ens va tornar a recomanar que recordéssim tot el que ens havia contat: "Només Déu sap el que pot passar".

Vam sortir, en Francesc i jo, molt impressionats. Pels carrers hi havia una mena d'animació monòtona. I ningú no duia americana.

Vam anar a peu -no hi havia cap altre mitjà- tan de pressa com vam saber, cap al consolat britànic. En entrar-hi no ens va semblar que hi hagués gens de moviment. Ens van fer esperar una bona estona. Va sortir, a l'últim, un xicot molt jove, ros, prim i una mica descolorit; passats alguns mesos el vaig conèixer, i per això sé del cert que era un simple secretari i que es deia Tommy Amooore. Ens va dir que el cònsol i el vice-cònsol eren fora de Barcelona, de vacances, i que, atès que no es tractava de súbdits britànics, ell no tenia facultats per a prendre cap decisió... Era visible que el noi patia una mica. Vam entendre que no en trauríem res. Amb les caminades s'havia fet molt tard, i no vam voler córrer el risc d'anar fent provatures i de no deixar les coses resoltes aquell mateix matí; no oblidàvem que l'endemà era diumenge. (Ens vam equivocar: quan el cònsol francès va saber el que passava, es va anar a oferir espontàniament... Què hi farem!). Vam haver d'apressar el pas per arribar a temps al consolat italià. Ens va rebre el vice-cònsol, que també era molt jove i ros, però més aviat corpulent i amb un aire petulant. Ens va atendre immediatament, va prendre nota de tots els detalls, vam lligar tots els caps, i vam quedar que jo hi tornaria l'endemà al matí. Li vaig donar el meu telèfon -em va semblar que valia més que no pas el que portava els cognoms del Cardenal-, i aleshores ens vam adonar, tots tres, que ni tan sols no ens havia preguntat qui érem ni ens havia demanat la documentació: tan evident devia resultar la nostra sinceritat, suposo.

Hi vaig anar dues o tres vegades, fins que tot va ésser resolt. Per cert, que en una de les visites el vice-cònsol em va dir que el Sant Pare i els qui el voltaven pregaven pel Cardenal, i ho va comentar amb un somriure sarcàstic: "No crec que li serveixi de gran cosa, però m'han encarregat que ho digués..." Em va fer un trist efecte.

Els nebots del Cardenal el van anar a veure per portar-li la roba i un bagatge sumariíssim. Aviat vam saber que tot havia anat bé i que el Cardenal i el doctor Viladrich, embarcats en el creuer "Muzzio Attendolo", havien arribat a Itàlia.

Mentre va durar la guerra hi vaig mantenir un contacte relativament freqüent, per diverses raons, i sobretot quan el doctor Lluís Vila d'Abadal, abans de morir, em va encarregar de substituir-lo en la distribució de l'ajut que el Cardenal enviava per als sacerdots que passaven dificultats. El fet va tenir per a mi conseqüències serioses, i ell no em va abandonar mai. Ni tampoc a la fi de la guerra. Encara hi vaig tenir alguns contactes indirectes. Però a ell, el Cardenal -el nostre Cardenal-, no el vaig tornar a veure mai més.

L'exili i la mort a Suïssa

per RAMON SUGRANYES DE FRANCH

A mig setembre de 1943, la premsa catòlica de Suïssa reproduïa una breu notícia d'agència indicant que un cardenal de la Santa Romana Església havia mort a Friburg. L'any 1943, en plena guerra mundial el nombre de refugiats de totes procedències que es trobaven a Suïssa era prou abundós perquè fins aquesta notícia passés desapercebuda. Aquell cardenal era el nostre. Havia reeixit a viure els darrers anys de la seva vida pobre i ignorat, com ell mateix desitjava.

Passava els hiverns a la Cartoixa de Farneta, prop de Pisa, a Itàlia. A l'estiu, anava a Suïssa. I l'any 1943, vist el tom dramàtic que prenia la guerra a Itàlia, tot feia preveure que restaria a Suïssa fins que li fos possible de tornar a Tarragona. S'estatjava també en el silenci claustral d'una altra cartoixa, la Valsainte, prop de Friburg. D'aquest monestir de murs blancs i de nom privilegiat, amagat al fons d'una vall entre boscos d'avets i prats verdejants, ens n'ha deixat una evocació corprenedora en un llibret intítulat **Le paradis blanc**, un gran espiritual holandès, P. van der Meer de Walcheren, que hi trobà la pau interior i la vocació benedictina. Ara, al costat de l'altar major, tancat per a tothom excepte per als monjos que hi pregunten cada nit i cada dia, el cardenal arquebisbe de Tarragona hi reposa en la pau del Senyor, que tota la seva vida havia cercat, enmig de les responsabilitats pastorals, durant els períodes més agitats de la nostra història recent.

Recordo com si fos avui la senzilla cerimònia del seu enterrament: oficiava, sol a l'altar com solen fer-ho els cartoixos, el pare prior -que ho és encara-, dom Nicolas Barras, i la comunitat omplia gairebé tots els setials de la blanca església conventual; seguien, en un costat del cor, tres eclesiàstics amics (la figura austera y diàfana de l'abbé Charles Journet, professor de teologia al seminari de Friburg, avui cardenal al seu torn, sense que per això hagi abandonat la seva cambra de professor, atapeïda de llibres, ni la taula de fusta de pi on ha escrit uns llibres admirables; el canonge Carles Cardó, llavors en la dolorosa plenitud de la seva inspiració de poeta i d'assagista, i el canonge Joan Viladrich, solsoní, secretari i home de confiança del cardenal Vidal d'ençà que fou bisbe de Solsona, que l'havia seguit a Tarragona i després a l'exili); cap al fons de la nau, als darrers setials del cor, cinc seglars: Rafael Patxot, amb la seva

blanca cabellera,, el seu gendre Manuel Carreras, Ventura Gassol, de melena encara negra i corbatí de llaçada, Antoni Casas i el sotsignat, que llavors era força jove.

Aquell setembre, el nostre cardenal s'havia sentit malalt i havia "baixat" a Friburg, per tal de consultar un metge. S'allotjava en una modesta residència de monges blanques, dominicanes austríaques -"cadascuna d'elles sembla filla d'arxiduc", deia en Carreras-. La cambra on s'estatjava, la conec molt bé: més tard hi va viure i no els va ésser difícil de reconèixer la personalitat de l'hoste, malgrat el seu incògnit rigorós. I amb una deferència exquisida respectaren la seva reserva: "**Monsieur le Doyen**", li deien, amb un cert somriure que traduïa alhora la veneració i la discreta complicitat amb l'arquebisbe exiliat d'una seu primacial.

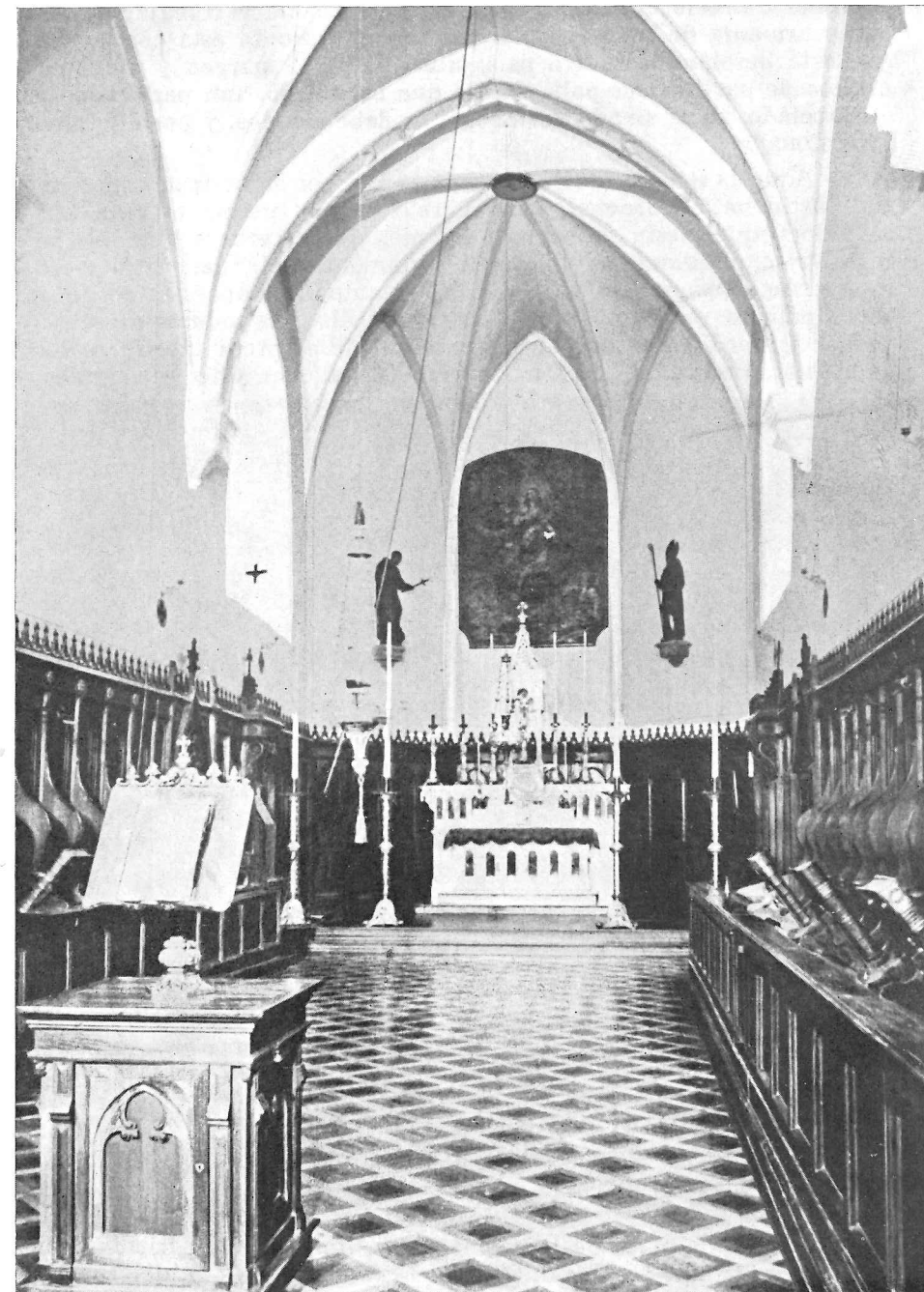
El dia 11 de setembre era dissabte i el **Senyor Degà** rebé una visita que feia temps freturava: la de Ventura Gassol. No havia tornat a veure'l d'ençà que l'havia acompanyat personalment al vaixell de guerra italià, que s'endugué el cardenal a La Spezia -el port més pròxim a la Cartoixa de Farneta-, el dia 30 de juliol de 1936. L'endemà, diumenge, dinàrem a casa de Rafael Patxot, i la conversa entre el cardenal i l'ex-conseller de Cultura de la Generalitat es perllongà fins al vespre, tard. Dilluns al matí, dia 13, quan el doctor Viladrich entrà a la cambra del cardenal, el trobà mort d'un atac al cor. Ja feia dues a tres hores que el Cardenal havia acabat de sofrir per a entrar en la glòria. El bisbe de Friburg d'aleshores, vell i malalt, sojornava en una clínica de Lausanne. Només el vicari general vingué a resar una absolta damunt del cos, embalsamat. Les monges ofrenaren l'alba i la casulla morada que li fan de sudari; la mitra blanca, oferta pel bisbat de Friburg, li era massa petita: calgué enquinçar-la del darrera per poder-la-hi posar damunt del cap. Al vespre fou rebut un telegrama de condol del Papa, Pius XII. Així, providencialment, cap honor oficial no acompanyà el cardenal a la seva tomba. La sola fidelitat d'uns amics ens permeté de representar-hi -immerescudament- el poble de Déu de les terres catalanes.

Aquesta simplicitat i aquesta obscuritat, el Cardenal va recar-les sempre, durant el seu exili, i això en dues etapes ben destriades per l'any 39. Però tant en l'una com en l'altra, el Cardenal tingué una preocupació primordial: que el fet del seu exili forçat no pogués ésser utilitzat mai com una arma política per cap de les dues bandes: primer pels blancs i després pels roigs.

Havia sortit de la pàtria i de la seva diòcesi quan no tingué més remei que fer-ho, forçat pel govern de la Generalitat, que, un cop l'hagué alliberat de les turbes, no veia altra solució que d'obligar-lo a marxar per salvar-li la vida. I després, la idea del retorn no l'abandonà ni un minut. Els documents del seu arxiu demostren que, sota el govern de la República, si no tornà fou perquè en consciència no podia fer-ho mentre "a les presons hi hagués tants sacerdots i

religiosos plens de zel i àdhuc seglars, detinguts o condemnats (...) perquè havien practicat actes de llur ministeri o de caritat i beneficència, sense haver-se entremès el més mínim en partidismes polítics, conformement a les normes que [ell mateix] els havia donat". Tothom coneixia perfectament -continuava- els assassinats de sacerdots, els incendis i les profanacions de temples i de coses sagrades. I mai l'Església no havia rebut, de part del govern, cap reparació, ni tan sols una excusa o una protesta per aquests esdeveniments. Malgrat el seu desig vehement, en tals circumstàncies no li era possible de retornar. Diu tot això en una admirable lletra del 30 d'abril de 1938, adreçada a Manuel de Irujo, ministre de la República, a Barcelona, en la qual, en canvi, arribava fins a oferir-se com a ostatge, en un vaixell francès o a la Presó Model mateixa, amb la condició que fossin alliberats tots els presoners per raons religioses, sacerdots o fidels que no fossin autors o còmplices de delictes de dret comú. Aquesta oferta, ja l'havia formulada precedentment, i serví d'intermediari l'arquebisbe de París car. Verdier. I si, acabada la guerra, l'any 1939, encara no tornà a Tarragona, fou perquè el govern espanyol s'hi oposà: per raons de consciència, purament eclesials, que ell mateix sotmeté a la Santa Seu, el Cardenal havia refusat de signar un document. Fins i tot, pel febrer d'aquell any, el Secretari d'Estat del Vaticà, cardenal Pacelli (el futur Pius XII), arranjà una entrevista del nostre arquebisbe amb l'ambaixador d'Espanya per tal de negociar les condicions de la seva tornada a la diòcesi. Però poques hores abans de la que havia estat fixada, monsenyor Montini (el futur Pau VI) visità el cardenal Vidal per fer-li saber que l'ambaixador refusava el diàleg... El papa Pius XI reaccionà fortament, com era el seu estil. En un discurs que es proposava de pronunciar davant els cardenals i l'episcopat italià per l'aniversari dels pactes del Laterà, havia redactat ja un paràgraf de benedicció especial al cardenal Vidal i Barraquer "en el moment en què anava a reintegrar-se a la seva diòcesi. El Papa proposa... i la Providència coneix els seus camins: Pius XI morí sobtadament pocs dies abans de pronunciar el discurs; el text, inèdit, passà als arxius del Vaticà, i el Cardenal Vidal, sempre arquebisbe de Tarragona, morí quatre anys més tard en el seu exili suís. Em sembla afirmar que la Santa Seu multiplicà les gestions per tal de permetre al nostre arquebisbe de tornar a regir de prop la seu tarragonina. I sempre topà amb la mateixa negativa. A la primavera del 1943, el papa Pius XII en persona ho confirmà a les germanes i al secretari del cardenal Vidal. És més hi ha qui creu que, si no hagués mort, és molt probable que, a la primavera del 1943, s'hauria presentat en avió a Barcelona i hauria intentat d'arribar fins a la seva seu diocesana.

Perquè el cardenal Vidal i Barraquer, en tota la seva actuació, abans i després de la guerra, tingué una norma fixa, gairebé una santa obsessió: ésser bisbe i res més que bisbe; és a dir, treballar pel bé de les ànimes. Però ésser bisbe comporta exigències molt greus. El mateix cardenal les definia en l'esmentada lletra al ministre Irujo:



Altar Major de la cartoixa de la Valsainte, on reposen les despulles mortals del Cardenal

"Mi único anhelo es hacer el mayor bien posible y trabajar por la paz y armonía de todos y para que termine pronto esta convulsión que está desolando nuestro país, situándome al margen y muy por encima de partidismos políticos, ya que un obispo, aun perseguido y encarcelado, sigue siendo de todos y se debe a todos, y por ello ama y perdona".

Aquests sentiments de pau i de perdó, per damunt de tota actitud partidista, el cardenal volia veure'ls compartits per tots els seus sacerdots: que fossin sacerdots i res més que sacerdots. Així els ho manava, explícitament, en el seu testament espiritual: "Als meus molt estimats sacerdots, els exhorto a mantenir-se apartats de qualsevol política partidista per encaminar millor les ànimes al cel; a pregar i sacrificar-se per elles, sense cercar el propi interès ni les comoditats personals; a tenir una gran caritat amb llurs germans en el sacerdoci (...); a estimar la Diòcesi, el Seminari i els pobles confiats a ells, pregant assiduament el Senyor per llurs feligresos".

Però ésser integralment bisbe -o sacerdot o simplement cristià- comporta també l'exigència d'ésser present al món i de lluitar per la justícia i els drets de l'home. El cardenal Vidal ho sabia i ho practicava, ben abans que el Concili Vaticà II en fes un dels punts fonamentals de la seva doctrina. L'actuació brillant i efectiva que tingué durant la Dictadura i la República, ho demostra a bastament. I en el temps de la guerra, no solament atengué en detall el govern de la seva diòcesi, mitjançant el vicari general, el doctor Rial, amb qui es mantingué en contacte constant no solament s'ocupà tant com li fou possible de restablir la vida religiosa a la zona roja -posant el pare Torrent en relació amb la Santa Seu i proposant (d'acord amb el cardenal Verdier) que monsenyor Fontenelle fos designat representant oficis del Vaticà prop del govern de la República, o bé que el doctor Vilaplana, resident a Perpinyà, tingués facultats per tal d'ajudar els sacerdots i els fidels d'aquella zona (1937)-, sinó que constantment intervingué en favor de la pau.

Pel que fa a les persones, tan aviat intercedí prop del general Franco per salvar Manuel Carrasco i Formiguera de l'afusellament, com prop del govern de la República per evitar el del bisbe de Terol; demanà la llibertat de molts i molts presos, esmentant-los sovint per llurs noms, com en el cas de Maurici Serrahima, detingut amb altres companys perquè distribuïen socors a sacerdots, a instàncies del Cardenal. Envers aquests darrers -escriví al govern de la República-, "hom comet una injustícia fent-los responsables d'un fet que no ha d'ésser imputat sinó al meu desig d'alleujar la sort i la misèria dels nostres pobres sacerdots, que jo aprecio i estimo tant i pels quals sempre he procurat sacrificar-me".

Quant al bé general del país, ell no concebia sinó una pau civil, que posés terme a les destruccions i a la immolació fratricida. Per això escriví sengles cartes al general Franco (3 de març del 1938) i al doctor Negrín (12 del mateix mes), en què demanava amb humil



El cos del Cardenal, a la capella ardent de Friburg.

insistència que s'obriessin negociacions de pau. Ni l'una ni l'altra gestió, tanmateix, no obtingueren resposta. Però el Cardenal no abandonà els seus propòsits. La demanda a la Santa Seu perquè interposés els seus bons oficis, la tenia feta de temps ençà; amb un pla detallat per a atènyer l'objectiu, tan cobejat, d'una conferència de la pau: la mediació del Vaticà hauria d'haver obtingut la constitució d'una comissió a París -semblant al famós Comitè de no-intervenció de Londres-, amb la participació de la Santa Seu i de França, Anglaterra, Alemanya, Itàlia i els dos bàndols bel·ligerants i amb la finalitat de preparar una conferència del tipus de la que, més tard, l'any 1954, va intentar de resoldre el conflicte del Vietnam. En el mateix sentit va adreçar-se al president del govern francès, Daladier, al primer ministre britànic, Chamberlain, i a Mussolini. Tot fou en va. Perquè en vigílies de la guerra mundial les potències ja eren també pràcticament bel·ligerants. I el conflicte que es preparava empetitia als ulls del món el minso asag general que hom feia a les terres d'Espanya.

No, no era una fugida del món, el que portava el nostre Cardenal a viure calladament en el silenci contemplatiu de la vida cartoixana: l'home d'Església que en ell havia maldat sempre pel dret de l'Església a desplegar-se lliurement, sense el pes mort de les intromissions del poder civil, l'home de Déu que ell era abans que tot, volia recollir-se en el silenci de l'Amor infinit per a estimar més a fons els homes, germans seus. "Diligite alterutrum", "estimeu-vos els uns als altres", era la seva divisa episcopal. I va romandre-hi fidel fins a la fi. Molt pocs el van comprendre i van seguir-lo. No li mancaren els abandonos dolorosos -fins i tot dels seus germans en l'episcopat-. No li mancaren les acusacions fallacioses ni els ultratges. Ell ho sabia. I, home d'amor, perdonava. En aquell document preciós per a comprendre l'home i la seva obra que és el seu testament espiritual -admirable document de confessió-, tradueix així davant la mort els impulsos del seu cor generós: "De tot cor perdono els meus enemics, els qui han parlat mal de mi, m'han calumniat i m'han injuriat; els desitjo tota mena de béns i de prosperitats".

Així s'expressava la maduresa de l'amor en l'home que tant havia sabut què era el sofriment perquè sabia què era la fidelitat.

Dates de la vida del Cardenal

1868.— Naixença a Cambrils, el 3 d'octubre.

1880.— Entra al Col·legi de Sant Ignasi (jesuïtes), de Manresa.

1881.— Mort de la seva mare, el 31 d'agost.

1886.— Mort del pare, el 28 de desembre.

1887-1893.— Estudis de Dret a Barcelona.

1895.— Entra al Seminari de Barcelona.

1899.— Es ordenat sacerdot per l'arquebisbe Costa i Fornaguera, el 17 de setembre. Primera missa, quatre dies després, al Col·legi del Sagrat Cor, de Sarrià.

1900.— Doctor en Dret. Fiscal substitut de la Cúria de Tarragona (titular, tres anys més tard).

1907.— Canonge per oposició.

1909.— Vicari general i provisor de l'arquebisbe Costa i Fornaguera.

1910.— Arxiprest.

1911.— Vicari capítular en seu vacant.

1913.— Vicari general i provisor de l'arquebisbe López Peláez.

1913.— Preconitzat bisbe titular de Pentacònia i Administrador Apostòlic de Solsona, per Pius X

1914.— Consagrat bisbe, a Tarragona, pel doctor López Peláez, el 26 d'abril, pren possessió de la seva diòcesi de Solsona el 23 de maig. Senador.

1915.— Congrés litúrgic de Montserrat.

1917.— Vocal de la Comissió de reforma del Concordat.

1919.— Arquebisbe de Tarragona. Preconitzat per Benet XV el

7 de maig, pren possessió de la nove seu el 4 de desembre.

1921.— Benet XV el fa cardenal, el 7 de març.

1922.— Assisteix al conclave en què és elegit Pius XI.

1931-1936.— President de la Conferència dels metropolitans espanyols.

1936

21 de juliol.— Sortida del Palau arquebisbal i trasllat a Poblet.

23 de juliol.— A Poblet, és detingut per elements de la FAI. Entra a la presó de Montblanc. N'és rescatat pel doctor Solé Pla, delegat de la Generalitat.

30 de juliol.— S'embarca, a Barcelona, cap a Itàlia.

17 d'agost.— Arriba a la cartoixa de Farneta.

1937.— Carta pastoral colectiva dels bisbes espanyols, que ell no signa.

1938

3 de març.— Carta al general Franco en la qual li demana que negociï la pau.

12 de març.— Carta al doctor Negrín en el mateix sentit.

30 d'abril.— Ofereix al govern de la República de constituir-se en ostatge perquè els sacerdots i els fidels que hi ha a les presons siguin alliberats.

1939

Febrer.— Li és oficialment comunicat que no pot tornar a la seva arxidiòcesi.

Març.— Assisteix al conclave en què és elegit Pius XII i redacta el seu testament.

1943.— Mor a Friburg, Suïssa, el 13 de setembre.